

EL CICLO DEPENDIENTE CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Claudio Katz¹

En los años 80 Marini estudió el ciclo dependiente de las economías latinoamericanas. Evaluó la crisis de la industrialización y los desequilibrios comerciales, financieros y productivos de la región (Marini, 2012: 21-23).

Cuarenta años después las mismas contradicciones reaparecen en un nuevo escenario de retroceso fabril, explotación regresiva de los recursos naturales y fragilidad financiera.

En este contexto, los contrapuntos con el Sudeste Asiático sustituyen las viejas comparaciones con el capitalismo metropolitano. Cobran también relevancia los estudios de países que manejan la renta de sus exportaciones primarias. El papel de China despierta más atención que la dominación estadounidense y el devenir de Brasil ya no suscita tanto interés.

Además, se han disipado las expectativas desarrollistas en las burguesías latinoamericanas y despuntan nuevas caracterizaciones del funcionariado. Estos cambios alteran significativamente la temática tradicional de la teoría marxista de la dependencia e inducen a discutir modificaciones o ampliaciones de esa concepción.

TENSIONES Y CRISIS

El pensador brasileño asoció los desequilibrios de la industrialización latinoamericana con el intercambio desigual y la especialización en la provisión de materias primas. Estimó que el desarrollo fabril de Brasil, México y Argentina no erradicaba el drenaje de recursos. Al contrario, reproducía esa adversidad al interior de la actividad manufacturera (Marini, 1973: 16-66).

Con esa mirada postuló la existencia de un ciclo dependiente que impedía la repetición del desarrollo protagonizado por las economías centrales. Describió esa obstrucción en las distintas fases de la acumulación, utilizando un modelo inspirado en los esquemas expuestos en *El Capital*, para ilustrar la secuencia temporal de la acumulación (Marx, 1973: T II, 27-47).

El teórico de la dependencia retrató cómo los recursos financieros (capital-dinero) se transformaban en insumos para la industria (capital-mercancía), que facilitaban la superexplotación de los trabajadores (capital-productivo). Analizó detalladamente las tensiones suscitadas por ese proceso (Marini, 2012: 23-35).

Observó que la preeminencia del capital extranjero incentivaba la transferencia de valor al exterior (royalties, patentes, utilidades), limitando el alcance de la acumulación. Señaló que las firmas multinacionales complementaban esa absorción con la obtención de enormes lucros derivados de los subsidios, las exenciones impositivas y la provisión de maquinaria obsoleta. Estimó que la adquisición foránea de insumos y equipos aumentaba la pérdida de divisas.

Pero su principal foco de estudio se ubicó en la fase productiva. Indagó cómo las grandes empresas obtenían ganancias extraordinarias, remunerado a los trabajadores por debajo del promedio abonado en las economías centrales. Destacó que ese achatamiento de los salarios se afianzaba con el uso de tecnologías capital-intensivas, que creaban

¹Economista, investigador del CONICET, profesor de la UBA, miembro del EDI. Su página web es: www.lahaine.org/katz

poco empleo y perpetuaban el ejército de desocupados. Añadió que los capitalistas locales reforzaban la extracción de plusvalía, para compensar su debilidad frente a los competidores externos (Barreto, 2013).

De esas peculiaridades del ciclo dependiente Marini dedujo la existencia de dos crisis específicas de la periferia industrializada. Por un lado, destacó que la hemorragia de divisas provocaba una ruptura del equilibrio, entre los componentes que sostenían la acumulación (desproporcionalidades) (Marini, 1994). Reformuló en esos términos marxistas la lectura heterodoxa de los desequilibrios de la balanza de pagos. Como la industria no genera los dólares necesarios para importar sus insumos y equipos, el periódico estrangulamiento del sector externo ahoga el nivel de actividad.

El pensador dependentista ubicó un segundo tipo de crisis en la esfera del consumo. Señaló que los bajos salarios recortaban el poder adquisitivo, bloqueando la realización del valor de las mercancías. Entendió que ese impedimento limitaba la gestación de una norma de consumo masivo semejante a la existente en las metrópolis. Estudió la segmentación de compras entre las elites y los sectores populares, destacando las diferencias con la canasta de consumos vigente en las economías avanzadas. Entendió que un bien-salario en el centro era equivalente a un bien-suntuario en la periferia.

Su descripción de esas crisis combinadas de acumulación y retracción del poder adquisitivo clarificó muchas tensiones de las economías latinoamericanas (Marini, 2013). Consideraba que las crisis de valorización (tendencia decreciente de la tasa de ganancia) afectaban de lleno a las metrópolis y que las modalidades de realización (fracturas entre la producción y el consumo) golpeaban con mayor severidad a los países subdesarrollados. Con esos señalamientos sintetizó su evaluación del capitalismo dependiente.

REGRESIÓN INDUSTRIAL, OBSTRUCCIÓN AL CONSUMO

El economista brasileño introdujo una noción (“patrón de reproducción”), que fue muy utilizada posteriormente para caracterizar el retroceso de la industria regional (Marini, 1982). Esa regresión es un dato perdurable de las últimas décadas y modifica algunos efectos de sus diagnósticos.

El peso del sector fabril en el producto latinoamericano descendió del 12,7% (1970-74) al 6,4% (2002-06). La densidad industrial por habitante -que mide el valor agregado por esa actividad en el PBI per cápita- decayó en forma igualmente significativa (Salama, 2017a). La industria regional ha quedado confinada a los eslabones básicos de la cadena global de valor. Su participación en la elaboración o diseño de nuevos bienes es insignificante y se limita a reproducir las mercancías ya estandarizadas.

En Brasil el aparato industrial ha perdido la dimensión alcanzada en los años 80. La productividad se estanca, el déficit externo se expande y los costos aumentan con el deterioro de la infraestructura de energía y transporte. Por eso el país afronta un visible retroceso en las exportaciones de alta y mediana tecnología (Salama, 2017b).

Un declive mayor padece la industria argentina. La recuperación de la última década no revirtió la sistemática caída desde los años 80. Persiste la alta concentración en pocos sectores, el predominio extranjero, la oleada de importaciones y la baja integración de componentes locales. Además, el déficit comercial aumenta al compás de crecientes adquisiciones externas de insumos y equipos (Katz, 2016: 159-170).

México aparenta otro status por la sostenida expansión de sus maquilas. Pero esos emprendimientos sólo ensamblan partes, en función de los requerimientos

económicos estadounidenses. Desenvuelven actividades básicas con poco efecto multiplicador sobre el resto de la economía y esa endeblez explica el bajo crecimiento del PBI azteca (Schorr, 2017: 9-16).

En la variante brasileña o argentina de explícita caída o en la modalidad más engañosa de México, el retroceso fabril latinoamericano suscita generalizados diagnósticos de “desindustrialización”.

Ese retroceso difiere de la deslocalización imperante en las economías avanzadas por su carácter precoz. Refleja la declinación de un sector antes de haber alcanzado su madurez (Salama, 2017b). En la medida que el sector fabril no desaparece, la “desindustrialización” podría ser un término controvertido. Pero remarca el indudable achicamiento de esa actividad y su especialización en procesos muy elementales. Cualquiera sea la denominación utilizada, la industria latinoamericana padece una cirugía más dramática que las tensiones descritas por Marini.

El empobrecimiento que acompaña a esa regresión industrial ha potenciado, además, la contracción del poder adquisitivo. La pérdida de puestos de trabajo en la industria no es compensada con el crecimiento de servicios que multiplican la informalidad.

El declive de la industria diluye las tradicionales mejoras del consumo que generaban los incrementos de la productividad fabril. El esquema fordista de masificación de las compras se asentó en el pasado y pierde posibilidades de aparición en el actual escenario de asistencialismo, desamparo y precarización del empleo.

Ya en los años 60 la acotada escala de la clase media limitaba la ampliación del consumo. Ese sector aglutinaba más pequeños comerciantes y cuentapropistas que profesionales o técnicos calificados. En la última década resurgió una expectativa de irrupción de ese segmento social, pero su efectiva presencia fue sobre-dimensionada, olvidando que la enorme desigualdad imperante en América Latina obstruye ese despegue.

La expansión de la clase media supone incorporar nuevos bienes de educación, salud o vivienda al gasto corriente. No es equivalente al incremento del crédito o el endeudamiento. Es por eso erróneo presentar a Brasil como una nación de clase media. La gran adquisición de celulares o computadoras, no modifica la posición 84 que ocupa ese país en el índice mundial de desarrollo humano.

La magnitud de la clase media no se define fijando el número de perceptores de cierto ingreso, sino evaluando la dimensión de ese sector en relación a los grupos sociales más enriquecidos o empobrecidos (Adamovsky, 2012). Su estrecha escala mantiene el patrón dualizado de consumo que Marini atribuyó al ciclo dependiente.

EFFECTOS DEL EXTRACTIVISMO

La tecnificación y capitalización del agro han introducido importantes cambios en la economía latinoamericana. El *agrobusiness* reforzó la gravitación de los cultivos orientados por la demanda externa en desmedro del abastecimiento local.

La misma especialización se verifica en la minería y en las explotaciones a cielo abierto que promueven las empresas transnacionales. Obtienen cuantiosas ganancias, tributan bajos gravámenes y generalizan las calamidades ambientales.

Ese modelo de extractivismo exportador refuerza la preeminencia de las actividades primarias, a costa de la producción manufacturera centrada en el mercado interno. La renta derivada de la propiedad de los recursos naturales tiene mayor relevancia que las ganancias surgidas de la inversión fabril.

Las grandes firmas priorizan la apropiación de un excedente que remiten al exterior, recreando la tónica del ciclo dependiente. Ese drenaje combinado con la creciente apertura comercial multiplica las tensiones que entrevieron los teóricos de la dependencia.

El modelo actual acentúa la atadura de todas las economías al vaivén internacional de precios de las materias primas y torna más volátil el nivel de actividad. El PBI de Argentina, por ejemplo, se contrajo y expandió significativamente en 12 oportunidades en los últimos 35 años. El mismo vaivén presentó en Brasil una intensidad inferior. Esas oscilaciones obstruyeron en los dos países la continuidad de la acumulación, generando pocas inversiones, elevados costos financieros y frecuentes crisis (Arriazu, 2015).

En los períodos de valorización exportadora las divisas afluyen, las monedas tienden a apreciarse y el gasto se expande. En las fases opuestas emigran los capitales, decrece el consumo y se deterioran las cuentas fiscales. En el pico de esa adversidad irrumpen las devaluaciones y los ajustes. La renovada gravitación de las actividades primario-exportadoras potencia los efectos de ese ciclo comercial.

Las fluctuaciones también magnifican el endeudamiento. En las fases de vacas gordas, los capitales ingresan para lucrar con operaciones financieras de alto rendimiento. En los periodos opuestos irrumpe el riesgo de inminentes convulsiones y se generaliza la fuga de fondos. Las refinanciaciones compulsivas, moratorias y cesaciones de pagos legadas por el endeudamiento desembocan en crisis más profundas, que las registradas por Marini.

Esas turbulencias potencian el déficit estructural de divisas que acosa a la industria. La misma secuencia observada en los años 60 asume otra magnitud. La actividad fabril depende de un sector rentista más reacio a suministrar los dólares, que necesita el sector manufacturero para afrontar sus importaciones. La competencia de productos foráneos acentúa esa vulnerabilidad.

Los dos tipos de crisis que conceptualizó Marini resurgen con mayor virulencia. La carencia de divisas amplía las desproporcionalidades y la retracción del poder de compra agrava el ahogo del consumo.

Estas tensiones son frecuentemente contrarrestadas con endeudamiento, política fiscal y manejos monetarios. Pero la regresión industrial y el extractivismo reducen los márgenes de esa intervención estatal. El diagnóstico dependientista se corrobora en un escenario más tormentoso.

CICLO Y CRISIS

Marini evaluó lo ocurrido durante la sustitución de importaciones (1935-1970), cuando la industria llegó a expandirse a la producción pesada sin resolver su periódico estrangulamiento externo.

Ese modelo se desmoronó en los años 80 bajo el impacto de una “década perdida” de endeudamiento e hiperinflación. El ajuste fiscal para contener ese desmadre desembocó en un prolongado estancamiento y el PBI regional recién recuperó en 1994 su nivel de 1980. Lo mismo ocurrió con los promedios de pobreza (Salama, 2017a). Los pagos de la deuda absorbieron entre el 2 y el 7% del producto, recreando la aguda des- acumulación cíclica que padece el capitalismo dependiente.

En los años 90 debutó el neoliberalismo con políticas económicas de convertibilidad, dolarización y altas tasas de interés. Posteriormente se concretó la privatización, reestructuración productiva y extranjerización de los sectores estratégicos

de la economía. Estas medidas profundizaron la vulnerabilidad descrita por el teórico de la dependencia.

El libre movimiento de capitales abrió las compuertas para una inédita escala de especulación financiera y la reducción de aranceles agravó el déficit comercial de la industria. La desigualdad social y el empobrecimiento coronaron esa regresión, acentuando la periódica contracción del consumo. Estas experiencias neoliberales fueron clausuradas con la caída de varios gobiernos y el inicio del llamado “ciclo progresista” en Sudamérica.

En el comienzo del nuevo siglo reapareció el neo-desarrollismo, con estrategias para superar el atraso económico basadas en auxilios estatales, bajas tasas de interés y tipos de cambio competitivos. A diferencia del pasado esa política no intentó erradicar el esquema agro-minero exportador. Buscó alianzas con los protagonistas de ese modelo, rechazó parcialmente el proteccionismo y estrechó vínculos con las empresas transnacionales. Con ese perfil conservador priorizó la política macroeconómica y omitió las transformaciones estructurales (Katz, 2016: 139-157).

Pero ese ensayo volvió a depender de la coyuntura internacional y sólo hubo bonanza mientras prevaleció la valorización de las materias primas. En la fase favorable se redujo el endeudamiento, emergió cierto superávit comercial y se recompuso parcialmente la industria. El crecimiento se sostuvo con la afluencia de dólares.

Como los cimientos del subdesarrollo permanecieron intactos, el fin de las *vacas gordas* recreó la crisis. En el principal experimento neo-desarrollista (Argentina), el incentivo estatal al consumo dejó de funcionar cuando reaparecieron la alta inflación y el déficit fiscal. El mismo declive se verificó en Brasil.

La reproducción dependiente atada a la afluencia y salida de divisas volvió a bloquear el crecimiento sostenido, pero con márgenes inferiores para el intento reindustrializador. La regresión fabril, el extractivismo y el predominio de sectores rentistas achicaron ese espacio. Las mismas limitaciones afectaron la capacidad de los estados para revertir la exclusión social.

Actualmente la restauración conservadora en Argentina y Brasil y el continuismo neoliberal en México renuevan a pleno el ciclo dependiente. Los mismos desequilibrios de balanza de pagos y asfixia del consumo resurgen a una escala superior. Las tesis de Marini se verifican con el mismo dramatismo que en el pasado. Pero esta constatación es sólo el punto de partida para reevaluar su enfoque.

EL CONTRASTE CON COREA

Demostrar que la Teoría Marxista de la Dependencia se corrobora en América Latina es relativamente sencillo. Pero extender esa verificación a otras latitudes es más complejo. La mundialización neoliberal no recrea simplemente las viejas brechas entre el centro y la periferia. Introduce novedosas bifurcaciones en ambos polos.

Ese tipo de fracturas separa especialmente a Latinoamérica del Sudeste Asiático. Dos zonas que compartían el mismo status relegado han seguido trayectorias opuestas. El estancamiento de la primera región contrasta con el crecimiento de la segunda.

El contrapunto con Corea del Sur es particularmente llamativo, tanto en la productividad fabril como en la densidad industrial (peso del sector manufacturero en el PBI). En ambos planos se ha registrado un enorme distanciamiento de Brasil y Argentina.

El contraste con las maquilas es también evidente en el valor agregado a los productos. Esa diferencia retrata la reducida competitividad del modelo mexicano, que

combina excedentes formales con Estados Unidos con enormes desbalances en las transacciones con Oriente (Salama, 2012b).

La explotación diferenciada de la fuerza de trabajo es la principal explicación de la brecha que alejó al Sudeste Asiático de América Latina. Las primeras caracterizaciones marxistas subrayaban ese dato. Contrastaban el infierno fabril coreano de los años 60-70, con las conquistas obtenidas por los trabajadores latinoamericanos (Tissier, 1981). Esa combatividad explica la persistencia de la desconfianza inversora de las transnacionales, cuando en la década siguiente el promedio salarial se equiparó en ambas regiones.

La preferencia de los capitalistas por Corea del Sur tuvo además una raíz geopolítica, en el papel jugado por las dictaduras de ese país en la contención de la revolución china. El gran financiamiento estadounidense se afianzó también durante la guerra de Vietnam. La respuesta imperial a la revolución cubana fue muy diferente en América Latina.

En el nuevo siglo las brechas de costos salariales se modificaron. Al cabo de un prolongado proceso de acumulación, las diferencias de productividad de Corea con sus pares latinoamericanos son más significativas que las divergencias de salarios.

Ese cambio ilustra la brecha de desarrollo. Mientras que la inversión real por trabajador en Brasil (2010) está ligeramente por debajo del nivel de 1980, su equivalente en Corea se multiplicó por 3,6 veces (Salama, 2012a). El mismo contraste se verifica en los coeficientes que miden la participación de cada economía, en las cadenas globales de valor.

Pero en la actualidad ya no alcanzan las comparaciones precedentes. Corea ha quedado integrada al eslabón superior de un vasto entramado asiático de globalización productiva. Ese conglomerado se recicla en bloque, recreando la ventaja comparativa de una fuerza de trabajo abaratada. Sucesivas ondas de expansión fabril han diversificado ese incentivo a los capitalistas, mediante la extensión de formas brutales de sujeción de los trabajadores a nuevos países (Tailandia, Filipinas, Bangladesh, etc).

La explotación de ese contingente obrero incluye crecientes modalidades de flexibilización. Las empresas asiáticas aventajan especialmente a sus pares de América Latina en la subcontratación. Combinan tecnologías digitales, transportes abaratados y comunicaciones extendidas con precarización, segmentación y tercerización de la actividad laboral.

América Latina era funcional al viejo modelo sustitutivo de importaciones y el Sudeste Asiático optimiza la actual internacionalización de la producción. La preexistencia de cierto mercado interno era ventajosa para la industrialización de posguerra, pero es inconveniente para un modelo fabril orientado por las exportaciones. La parquedad de los consumos locales se ha convertido en un activo de estos esquemas.

También ha cambiado el rol de Estados Unidos. Su predominio industrial complementaba en el pasado el despegue manufacturero latinoamericano. Por el contrario en la actualidad, las firmas transnacionales compensan el declive industrial de la metrópoli con la instalación de plantas en Asia. En este nuevo contexto la reducción coyuntural de los salarios latinoamericanos ya no es suficiente para reiniciar la inversión. La receta que aplicaba Brasil no funciona.

Como el modelo precedente continúa gravitando en Sudamérica, el proteccionismo supera los promedios asiáticos. Pero la eliminación de esos resguardos demolería por completo la estructura fabril. Ese dramático dilema impone el capitalismo neoliberal a la Argentina y Brasil.

América Latina no puede incorporarse al tipo de economías que integra Corea. Ese grupo incluye una veintena de países con ocho naciones que reúnen al grueso de los

asalariados. Desde los años 80 este nuevo mapa del proletariado ha duplicado la fuerza de trabajo conectada con la economía global (Smith, 2010: 111-113). Argentina, Brasil y México no tienen cabida en ese circuito.

La brecha se profundiza, además, por la retención asiática de porciones significativas de la plusvalía. En América Latina se afianza por el contrario el drenaje de valor hacia las metrópolis. La acotada expansión del consumo interno coreano también contrasta con el agudo deterioro del poder adquisitivo en el Nuevo Mundo. En síntesis: la plena continuidad del ciclo dependiente no se extiende en los términos estrictos de Marini al universo del Asia-Pacífico.

OTRAS INTERPRETACIONES

Nuestra caracterización del modelo dependentista rivaliza ventajosamente con otras explicaciones del contrapunto entre América Latina y el Sudeste. La visión neoliberal atribuye esa bifurcación a la apertura comercial que consumió Oriente y rehusó Latinoamérica. Estima que ese giro le permitió a las economías asiáticas mejorar su asignación de recursos y aprovechar sus ventajas comparativas.

Pero en los dos casos hubo reducción de aranceles. La diferencia radicó en los bienes importados en cada caso. La inundación de productos de consumo que padeció América Latina contrastó con la adquisición de equipos por parte de Corea. La existencia de condiciones de explotación del trabajo más favorables al capital apuntaló ese sendero productivo.

Los ortodoxos ponderan esa asimetría reivindicando el “arbitraje salarial global”, que premia a las regiones con menores costos laborales para desenvolver tareas semejantes. Pero esas actividades no se concretan con objetos inanimados. El “arbitraje” selecciona distintos grados de sometimiento de los asalariados.

Los economistas heterodoxos impugnan la interpretación neoliberal del crecimiento oriental. Demuestran la falacia de la apertura comercial, ilustrando el cúmulo de tarifas, reglamentaciones financieras y subsidios a la exportación que rige en Corea (Gereffi, 1989).

Pero exaltan ese modelo contraponiéndolo a la pasiva adaptación de América Latina al mercado mundial. Consideran que ese amoldamiento impide aprovechar las oportunidades de la globalización (Bresser Pereira, 2010: 119-143).

Con ese razonamiento ubican todos los obstáculos al desarrollo latinoamericano en el plano interno. Olvidan que la división internacional del trabajo impide la libre elección de un destino. Si los países pudieran definir su propio devenir, todos optarían por Suiza y ninguno por Mozambique.

El capitalismo no es un campo abierto a la prosperidad de los más avisados. Es un orden estratificado que inhibe el bienestar colectivo. Como no hay lugar para todos, el desarrollo de cierta economía se consume a costa de otra.

En cada etapa del sistema hay regiones favorecidas y penalizadas por la dinámica de la acumulación. Esa selección no es un menú a disposición de los distintos países. Para el Sudeste asiático no era factible imitar a Latinoamérica en los años 60 y la misma imposibilidad se reproduce actualmente en forma inversa.

El Nuevo Continente carece de un soporte laboral semejante a Oriente y no se amolda a las conveniencias de las empresas transnacionales. Corea se insertó en la mundialización sin cargar con la mochila de una industria obsoleta.

La heterodoxia supone que el avance de cualquier economía emergente depende de su captura de actividades complejas en la cadena de valor (Milberg, 2014: 164-168). Afirma que la fabricación debe suceder al ensamblaje hasta llegar a una producción

original (Gereffi, 2001). Reconoce que las firmas ubicadas en la cabeza de ese proceso se adueñan del grueso del excedente y propugna cambiar esa distribución.

Sin embargo elude registrar que la creciente captura de valor exige mayor extracción de plusvalía. Esa omisión se verifica en la equivalencia que traza entre el salario, la productividad y la política cambiaria en la determinación de las estrategias de desarrollo. Desconoce que esas tres dimensiones no son equiparables. La sujeción del trabajador a un tipo de remuneraciones es un presupuesto de cualquier decisión de inversión. El marxismo dependentista resalta este dato soslayado por la heterodoxia.

OTRAS COMPARACIONES

Corea no tuvo que lidiar con los problemas de apreciación cambiaria que sufren las economías exportadoras de recursos naturales. Se amoldó a la nueva etapa del capitalismo, sin afrontar esa vieja adversidad de los países medianos de América Latina. En esta última región la preeminencia de rentas agro-exportadoras disuade la inversión fabril.

Desde mitad del siglo XX Argentina, Brasil y México intentaron canalizar ese excedente hacia la actividad industrial. Pero los conflictos que suscitó esa estrategia bloquearon su implementación.

Muchos debates de los años 60-70 evaluaban el uso productivo de la renta. Los teóricos de la dependencia proponían capturar ese excedente con puniciones estatales a los privilegios de la oligarquía. Esas iniciativas eran detalladas con más precisión por las corrientes endogenistas del marxismo. Marini enfatizaba el drenaje externo y no tanto la dilapidación interna de los recursos requeridos para el desarrollo. Ponía más atención en la plusvalía expropiada a los asalariados, que en la renta manejada por los latifundistas.

En esa época despuntaron las primeras discusiones sobre la internacionalización financiera de la renta. El principal debate giró en torno al carácter de la OPEP. La sugerencia que los integrantes de ese cartel podían sustraerse de la dependencia (Semo, 1975: 92-100), fue objetada por una aguda exponente del dependentismo (Bambirra, 1978: 39-45). La evolución posterior de las economías exportadoras de petróleo confirmó esa crítica. El subdesarrollo continuó imperando en los países árabes, africanos y asiáticos que integraron ese organismo.

Pero ese resultado no despejó los enigmas creados por las economías que aprovecharon la renta para su desenvolvimiento. Esa problemática ha despertado creciente interés en los últimos años. Algunos estudios resaltan lo ocurrido en Noruega o Australia y contrastan su evolución con Argentina. Con algunas prevenciones, esa comparación podría extenderse a Brasil o México.

Una nación del norte europeo y otra de Oceanía se especializaron en la exportación de materias primas, expandiendo al mismo tiempo ciertos servicios e industrias intensivas (Schorr, 2017: 29-31). A diferencia de los gobiernos latinoamericanos liberales (que dilapidaron la renta) o desarrollistas (que fracasaron en transformarla en acumulación), canalizaron ese recurso hacia cierto desenvolvimiento.

Una combinación de condiciones objetivas y comportamientos de las clases dominantes determinó ese curso. Noruega y Australia concentran sus cuantiosas riquezas en energía y minerales y cuentan con una dotación per cápita de esos acervos muy superior a sus potenciales pares de América Latina.

Noruega es un típico caso de altísima renta con escasa población. Usufructúa de un patrón de rentas parecido al imperante en los refugios de los bancos (Suiza) o en los receptores de turistas (islotas del Caribe).

Con cinco millones de habitantes ocupa el primer puesto en el índice de Desarrollo Humano. Exhibe, además, una peculiar historia de acotados conflictos políticos y gran preeminencia del gasto social. Cuando en los años 60 comenzó a explotar el petróleo, ya era un país productivamente diferenciado con cierto nivel de industrialización.

Esa trayectoria explica cómo pudo contrarrestar la apreciación exportadora del tipo de cambio, mediante la regulación estatal de la renta. Logró esa reinversión productiva desde un status económico ya integrado a las principales metrópolis del Viejo Continente.

También Australia presenta llamativas singularidades. Tiene una densidad demográfica inferior a la Argentina y un porcentaje superior de recursos naturales por habitante. Transitó por un proceso de sustitución de importaciones, pero se especializó en exportaciones primarias y productos de bajo contenido tecnológico.

La proximidad con el Sudeste Asiático fue determinante de esa reconversión. Además, su economía siempre fue ajena a la complementariedad agrícola (y consiguiente rivalidad), que mantuvo Argentina con Estados Unidos (Schteingart, 2016).

En el plano interno Australia ha preservado una estructura relativamente igualitaria y nunca afrontó las tensiones sociales de cualquier país sudamericano. Contó con una gran financiación externa por su activa participación en la guerra fría. La relación privilegiada con Inglaterra evolucionó hacia una estrecha asociación imperial con Estados Unidos (DSP, 2001). Comparaciones del mismo tipo podrían extenderse a Canadá.

Las diferencias de esos países con América Latina no invalidan el contrapunto. Esa contraposición abre un importante campo de estudios para la teoría marxista de la dependencia. Es decisivo evaluar cómo impacta el manejo de la renta sobre el desarrollo.

LA RELACIÓN CON CHINA

El gran salto registrado en el intercambio comercial con China ilustra otra dimensión contemporánea de la dependencia. El total de transacciones pasó de 10.000 millones (2000) a 240.000 millones de dólares (2015), bajo un signo de total asimetría. La región exporta simples materias primas a cambio de manufacturas (Emmerich, 2015).

China no sólo provee bienes industriales. También arrebató a América Latina los mercados de esos productos. La gravitación del flujo comercial entre ambas regiones es totalmente desigual. Mientras que México y Brasil se ubican entre los 25 principales importadores de mercancías chinas, sus ventas sólo representan el 1% de las adquisiciones de la nueva potencia (Salama, 2012b).

El nuevo coloso expande también sus inversiones en forma vertiginosa, sin ninguna consideración inversa hacia las empresas Mutilatinas. Todos sus emprendimientos se concentran en la captura de recursos naturales. Aporta fondos para prospecciones petroleras, perforaciones mineras y proyectos agrícolas. Mejora los puertos y las rutas para garantizar el transporte de los bienes primarios. Pero siempre impone estrictas cláusulas de provisión de insumos y nunca contempla transferencias de tecnología.

China impulsa, además, convenios de libre-comercio para asegurar su predominio. Con el logrado status de “economía de mercado” bloquea cualquier protección local al ingreso de sus productos. Resguarda esa expansión con préstamos,

que ya superan el monto otorgado por los dos tradicionales financiadores de la economía latinoamericana (FMI y Banco Mundial). Sólo África compite en subordinación al nuevo mandante económico.

Ese sometimiento corona una asombrosa disparidad de trayectorias, que se verifica en la comparación de Brasil con China. El ingreso per cápita de ambos países se ubicaba en 1980 en 4.809 y 306 dólares respectivamente. En 2015 los dos guarismos se situaron en 15.614 y 14.107 dólares. Esta impresionante equiparación ilustra el irrisorio avance de Brasil (3,25 veces) frente al espectacular salto de China (46 veces) (Salama 2017a).

La misma brecha se observa en el ranking mundial de exportaciones. El gigante asiático ocupa actualmente el primer lugar, luego de figurar en el pelotón de los 50 participantes de esa actividad. En cambio Brasil ha retrocedido al renglón 25, después de haber alcanzado el puesto 16 (Salama 2012b). La disparidad es mucho más significativa en la incidencia de ambas economías en la cadena global de valor.

Todos los datos confirman el lugar económico dominante de China en América Latina. Su presencia no es comparable a ninguno de los países contrastados con Brasil, México o Argentina. Se ubica en un estrato muy diferente a Corea del Sur, Australia o Noruega. Ha comenzado a desenvolverse con la región una relación más comparable con las viejas metrópolis europeas o con Estados Unidos.

Ciertamente su presencia desafía la dominación de la primera potencia. Pero hasta ahora es una amenaza más económica que geopolítica. No proyecta su impresionante expansión comercial al plano militar. China avanza cautamente en el terreno diplomático. Despliega un “soft power”, con discursos de cooperación alejados del mensaje hegemónico. Utiliza una retórica de reciprocidad y beneficio mutuo en las relaciones “Sur-Sur”.

Su política se asienta en la gran mutación que genera la globalización productiva. La vieja relación bipolar (centro-periferia) adopta en la actualidad ciertos rasgos triangulares. Hay competencia entre las economías metropolitanas y las nuevas potencias industrializadas por el sometimiento de la periferia. China y Estados Unidos rivalizan en ese aprovechamiento de la primarización exportadora de América Latina (Salama 2012c).

El resultado de la confrontación entre las dos potencias es incierto. Pero la subordinación de América Latina es un dato en cualquier desenlace. Una drástica reversión de ese sometimiento es la condición para entablar una relación de asociación con China, que contribuya a la emancipación de la dominación estadounidense (Katz, 2016: 299-311).

GEOPOLÍTICA, CLASES, GOBIERNOS

Los teóricos marxistas de la dependencia siempre subrayaron la dimensión política de esa sujeción (Dos Santos, 1998). Señalaron que la subordinación de los gobiernos latinoamericanos al imperialismo, sintonizaba con burguesías estrechamente asociadas al capital extranjero.

Ese razonamiento se inspiraba en un escenario internacional signado por las tensiones entre potencias centrales, países periféricos e integrantes del denominado bloque socialista. Marini resaltó, además, las distinciones dentro de la periferia y las diferencias entre países con perfil subimperial o puramente subordinado.

Este mapa ha cambiado, pero las observaciones sobre el sentido geopolítico de la estratificación global son valederas. Esos señalamientos esclarecen las fuerzas que complementan la inserción de cada economía en la división internacional del trabajo. El

poderío militar, la gravitación diplomática y la influencia cultural refuerzan, atemperan o contrarrestan el status dominante o subordinado de los distintos países. La mundialización neoliberal replantea en la actualidad esos ascensos y declives en la pirámide mundial.

Es evidente que el principal imperio capitalista (Estados Unidos) y su rival en gestación (China) disputan posiciones en la cúspide del sistema. Los recursos de América Latina, África y una gran porción de Asia son el botín de esa competencia. Pero la tradición inaugurada por Marini convoca a registrar también el papel de las formaciones medianas.

En ese terreno es muy significativo el retroceso del status subimperial de Brasil. Ese repliegue es coherente con la regresión manufacturera del país y su viraje hacia las exportaciones primarias. Argentina y México nunca alcanzaron esa categoría y se han alejado aún más de esa ubicación. En el primer caso por su fulminante pérdida de posiciones económicas y en el segundo por su creciente subordinación a Estados Unidos.

Los subimperios de otras regiones han reforzado en cambio su intervencionismo bélico, con inciertos resultados sobre el desarrollo de sus economías. Turquía ha consolidado una industria más significativa en un polvorín de conflictos. India logró estabilizar un ciclo de crecimiento continuado y acentuó su especialización en ciertas franjas de la sub-contratación. Pero mantiene una estructura industrial vulnerable y alejada del modelo chino.

La estrecha sociedad de Australia con el imperialismo estadounidense amplió sus márgenes de autonomía para asegurar la reinversión de la renta minera. Pero ese manejo no frenó su retroceso frente a los competidores asiáticos. En Corea del Sur la militarización bajo control directo del Pentágono brinda garantías para la inversión. Pero la sumisión a Estados Unidos obstruye proyectos más ambiciosos de eventual reunificación con el norte del país.

Los cambios de status geopolítico tienen efectos muy contradictorios sobre el desenvolvimiento de los países intermedios. La evidente retroalimentación que existe entre el poder imperial y la supremacía económica (o entre la dependencia política y el subdesarrollo), no se extiende a parámetros equivalentes en la semiperiferia.

Todas las transformaciones en curso inciden, a su vez, sobre el perfil de las clases dominantes. En el caso latinoamericano se ha consolidado la conversión de las viejas burguesías nacionales en burguesías locales, que ya no auspician desarrollos auto-centrados. Priorizan la exportación y prefieren la reducción de costos a la ampliación del consumo.

Ese estrechamiento de lazos con el capital extranjero no implica la desaparición de la burguesía latinoamericana. Los países de origen persisten como base de operaciones, fuente de ganancias y centro de sus decisiones. Ese sector no ha devenido en una clase puramente transnacional. Tampoco se ha convertido en un satélite manipulado por las metrópolis o en una “lumpen-burguesía” dedicada al pillaje.

Pero se ha reducido la autonomía que exhibía la naciente burguesía manufacturera de posguerra para promover la industrialización de la región. Las empresas transnacionales definen en la actualidad sus estrategias con el visto bueno de sus socios locales. Esta subordinación refuerza la influencia de los financistas internacionales y los capitalistas agro-mineros sobre los estados latinoamericanos.

Por esa razón la expectativa desarrollista de remontar la regresión económica se ha desplazado hacia las burocracias del estado. La evidente desaprensión de la burguesía hacia el crecimiento sostenido ha conducido a enaltecer al funcionariado. Se

lo observa como un segmento lúcido, independiente o patriota, que tomará en sus manos la empresa pendiente del desarrollo.

Pero la experiencia de la última década desmintió esa creencia. Confirmó el estrecho parentesco de la burguesía con sus delegados en el estado. Ambos grupos se han formado en los mismos ámbitos compartiendo las mismas conductas. Las burguesías parasitarias generan burocracias inoperantes. Muy pocas excepciones vulneran esa norma.

Los distintos gobiernos suelen expresar, finalmente, esta sucesión de condicionamientos que determinan el nivel de dependencia de cada país. El afianzamiento del subdesarrollo y la subordinación política son la norma de los presidentes derechistas y de sus ministros neoliberales. Los mandatarios progresistas y sus equipos neo-desarrollistas han pretendido infructuosamente revertir ambos flagelos. Todos actúan en un marco que limita severamente su acción. En América Latina las relaciones de dependencia anteceden y acordonan la gestión de cualquier gobierno.

DETERMINANTES DE LA DEPENDENCIA

Una variedad de procesos define actualmente el status de los distintos países en la jerarquía global. El lugar en la división del trabajo es el principal condicionante histórico de una ubicación estrechamente conectada al valor de la fuerza de trabajo, la dinámica de las transferencias, el destino de la renta, la gravitación geopolítico-militar y el papel de las clases dominantes, burocracias y gobiernos.

Esos factores determinan las distancias que separan a los centros avanzados (Estados Unidos) y los nuevos centros (China) de las semiperiferias ascendentes (Corea, Noruega), estancadas (Australia) o de evolución incierta (India). Los mismos elementos inciden en el status de las semiperiferias descendentes (Brasil, México), las nuevas periferias integradas a la globalización productiva (Bangladesh) o los exportadores de productos básicos (Guatemala).

Los cambios registrados en esa estructura están actualmente muy influidos por las inversiones de las empresas transnacionales, que desplazan sus capitales siguiendo el barómetro de la rentabilidad. Ese parámetro toma especialmente en cuenta las modalidades de explotación y superexplotación vigentes en cada economías y el predominio de valores altos, medios o bajos de la fuerza de trabajo (Katz, 2017). Con esa referencia estratégica buscan abaratar costos laborales, amoldados a la complejidad de las distintas actividades.

Las transferencias internacionales de valor inciden en forma decisiva en las mutaciones de esa jerarquía global. Son desplazamientos del capital que recrean polaridades y bifurcaciones, siguiendo los movimientos de la plusvalía que impone la metamorfosis del capital, en sus diversas fases financieras, comerciales y productivas.

Las transferencias pueden ser absorbidas (+), drenadas (-) o retenidas (=) por los países. La plusvalía mundial desplazada es absorbida por las economías centrales, retenidas por las semiperiferias ascendentes y drenadas por las semiperiferias descendentes o las periferias. Uno gana lo que pierde otro, dentro de una estructura signada por la relativa estabilidad de la jerarquía mundial.

La renta es generada sólo por los países que cuentan con significativos recursos naturales. Puede ser capturada (+) reinvertida (=) o perdida (-). Es un excedente que se desplaza internacionalmente como la plusvalía, pero a partir de otro origen. Como la renta es cualitativamente distinta a la porción de la plusvalía apropiada como ganancia, debe ser tratada en forma diferenciada.

Algunas potencias manejan su propia renta y la reciclan internamente (Estados Unidos) y otras carecen de ese excedente y dependen de su captura (China). Hay semiperiferias que no tiene ese recurso (Corea), otras que lo poseen y lo retienen (Australia, Noruega). En la situación opuesta se ubican las naciones que pierden la renta en forma parcial (Brasil) o total (Guatemala).

El status geopolítico internacional determina otra jerarquía con cierta autonomía del peso productivo, comercial o financiero de cada país. Esa clasificación define el lugar de los imperios establecidos (Estados Unidos) y de sus socios o apéndices (Australia). También ubica a los imperios en formación (China), a los subimperios (India) y a los países que afrontan distinto grado de dependencia. Los casos de mayor autonomía (Brasil) difieren de la subordinación (Corea) o el total sometimiento (Guatemala).

La capacidad de los estados imperiales para apuntalar su desarrollo a costa de las formaciones dependientes es indiscutible. Pero en el espectro restante hay variaciones de distinta índole.

Finalmente el universo de las clases dominantes, las burocracias y los gobiernos genera una enorme diversidad de impactos sobre el desarrollo. Es indudable que las clases dominantes metropolitanas con burocracias eficientes y gobiernos estables inciden en forma favorable sobre la acumulación. También se verifica el fenómeno inverso en los países con burguesías periféricas, funcionarios parásitos y gobiernos inconsistentes. Pero en un terreno tan configurado por la acción de los sujetos sociales se observan combinaciones de múltiples tipos.

PROPÓSITOS DE UNA RECONSIDERACIÓN

Nuestra mirada de las polarizaciones y bifurcaciones mundiales imperantes bajo el capitalismo neoliberal se inspira en la teoría marxista de la dependencia. Pero amplia, complementa y corrige varios presupuestos de esa concepción.

En congruencia con el pilar marxista, resaltamos la preeminencia de un sistema económico-social asentado en la competencia por beneficios surgidos de la explotación. Por eso situamos el valor de la fuerza de trabajo en el primer renglón de nuestra interpretación. Es el determinante central de los cambios registrados en el capitalismo contemporáneo.

La tesis dependentista añade a esa evaluación un diagnóstico de la estratificación mundial en torno a segmentos centrales, periféricos y semiperiféricos. Los tres estratos operan en forma diferenciada determinando una gran variedad de situaciones de desarrollo y subdesarrollo. El principal mecanismo de cambio es la transferencia internacional de plusvalía, que en las últimas dos centurias adoptó distintas direcciones, volúmenes y destinatarios.

Los teóricos del dependentismo marxista siempre enfatizaron esa distribución desigual del valor. Explicaron cómo los excedentes creados en la periferia eran capturados por las economías centrales. Nuestro planteo recoge esa idea, incorporando al análisis los desplazamientos de la renta, omitidos (o poco tratados) por esa tradición.

También retomamos la dimensión geopolítica subrayada por los pensadores dependentistas. Pero reformulamos las categorías de esa esfera, para integrar las complejas variantes que asume el imperialismo contemporáneo. Destacamos, además, que distintos desenlaces de la lucha de clases definen el papel de las clases dominantes y sus funcionarios o gobiernos.

Nuestra síntesis se sustenta en una interpretación crítica y no meramente descriptiva del capitalismo. Remarcamos cómo ese sistema afianza la desigualdad y los

privilegios de las minorías a costa del sufrimiento popular. También resaltamos la gravitación de crisis periódicas que corroen la continuidad de ese régimen social.

Esta mirada se ubica en las antípodas del neoliberalismo que idealiza al capitalismo y niega sus desequilibrios intrínsecos. La ortodoxia supone que la mundialización aproxima a la sociedad a un idílico estadio de mercados perfectos, distribución óptima de recursos y convergencia entre economías avanzadas y retrasadas. El despiste de esta visión salta a la vista.

Nuestro planteo también objeta la óptica heterodoxa, que reconoce los conflictos del capitalismo relativizando su escala e intensidad. Minimiza la estratificación global, imagina amplios márgenes para modificar el status de los desfavorecidos y desconoce la gravitación de la dominación imperial. Por eso postula estrategias desarrollistas que suponen un funcionamiento potencialmente amigable del capitalismo. Apuesta a superar el retraso de la periferia con políticas de acumulación guiadas por el estado.

Nuestra visión recoge varios señalamientos de los teóricos sistémicos que refutan los presupuestos de la heterodoxia. Esas observaciones ilustran cómo el capitalismo mundial opera en torno a un principio de suma cero, que consagra la expansión de ciertas economías a costa de la regresión padecida por otras. Los procesos de acumulación nacional se desenvuelven en una competencia por el mismo nicho y los avances logrados por algunos participantes no ofrecen pautas para el resto.

Es importante registrar esta disputa en torno a los mismos radios de la pirámide, para sustraerse de la fantasía de “imitar al Sudeste Asiático”. Esas creencias olvidan que las opciones de cada economía no son un curso abierto a cualquier devenir. Están condicionadas por su lugar en la división global del trabajo y no afrontan caminos despejados o puramente dependientes de la política económica. No existe ninguna receta que le permita a Haití copiar el sendero de Estados Unidos.

La caracterización que exponemos retoma las tradiciones de los marxistas que antecedieron a Marini y de los contemporáneos que convergieron con su obra. Esta ampliación y reformulación del dependentismo permite abordar problemas que no se resuelven con fórmulas concebidas en los años 60-70.

Con esa mirada sustituimos la acepción tradicional de superexplotación por tres escalas del valor de la fuerza de trabajo. Este abordaje facilita la indagación de la enorme variedad de situaciones generadas por la globalización productiva. El análisis de estas novedosas formas de mundializar la extracción de plusvalía -junto a la interpretación de las transferencias del valor y la renta- clarifican el nuevo mapa de la dependencia.

Estos escenarios son incomprensibles con lecturas meramente económicas. La actualización del dependentismo es particularmente urgente en el plano político. Esa escuela logró preservar un rico legado de estudios sobre el capitalismo. Pero no extendió ese acervo al análisis del imperialismo, los sistemas de gobierno y las resistencias populares.

Estas carencias explican la dificultad para explicar procesos que desafían el esquema centro-periferia (Corea del Sur). También determinan la omisión de problemas decisivos (como el rol de China) o la simplificación de las disyuntivas políticas latinoamericanas (equiparación del neoliberalismo con el progresismo).

La renovación del dependentismo marxista exige un abordaje conjunto de la economía y la política. Las relecturas de *El Capital* y la *Dialéctica de la Dependencia* son fructíferas en estrecha conexión con los dilemas actuales de la estrategia socialista. De esa síntesis emergerá un nuevo florecimiento del marxismo latinoamericano.

17-3-2018

RESUMEN

La teoría de la dependencia afronta otro escenario en América Latina. Los ciclos y crisis impactan sobre una industria debilitada y un consumo fragmentado. La primacía de la exportación agro-minera potencia los desequilibrios en todos los modelos.

La explotación de la fuerza de trabajo ha sido más determinante que la apertura comercial en el contraste con Corea del Sur. La relación con China recrea subordinaciones y no existe el manejo estatal de la renta que se observa en otros países.

La acción geopolítica tiene efectos contradictorios sobre el desarrollo. Clases dominantes, burocracias y gobiernos actúan bajo severos condicionamientos. Una reconsideración general indica cómo renovar y ampliar el dependentismo marxista.

PALABRAS CLAVES

América Latina, subdesarrollo, mundialización neoliberal

REFERENCIAS

- Adamovsky, Ezequiel (2012). El mito del aumento de la clase media global, *Clarín*, 26-12.
- Arriazu, Ricardo (2015). Las razones de la nueva crisis de Brasil, *Clarín*, 19-9.
- Bambirra, Vania (1978). *Teoría de la dependencia: una auto-crítica*, ERA, México.
- Barreto, Helena Marroig (2013). Marini ontem e hoje: Pontuações sobre a teoria Marxista da dependência e novas perspectiva. Novembro, Universidad Federal do Rio de Janeiro, <http://pantheon.ufrj.br/handle/11422/1488>
- Bresser Pereira, Luiz Carlos. (2010), *Globalización y competencia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DSP (Democratic Socialist Party) (2001). The role of Australian imperialism in the Asia-Pacific region, 3-7, <http://links.org.au/node/116>
- Dos Santos, Theotonio (1998). La teoría de la dependencia un balance histórico y teórico, *Los retos de la globalización*, UNESCO, Caracas
- Emmerich, Norberto (2015). China y América Latina: ¿cooperación sur-sur o estatus semicolonial, 12-3 <http://www.pensamientocritico.org/norem0415.htm>
- Gereffi, Gary (1989). Los nuevos desafíos de la industrialización. Observaciones sobre el Sudeste Asiático y Latinoamérica, *Pensamiento Iberoamericano*, n 16, Madrid, julio-diciembre.
- Gereffi, Gary (2001). Las cadenas productivas como marco analítico. *Problemas del Desarrollo*, abril, vol 32, n 125.
- Katz, Claudio (2016). *Neoliberalismo, Neodesarrollismo, Socialismo*, Batalla de Ideas Ediciones, Buenos Aires.
- Katz, Claudio (2017) Aciertos y problemas de la superexplotación, 11-9, www.lahaine.org/katz
- Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*, ERA, México.
- Marini, Ruy Mauro (1982) Sobre el patrón de reproducción de capital en Chile, *Cuadernos CIDAMO*, número 7, México.
- Marini, Ruy Mauro (1994). La crisis del desarrollismo, Archivo de Ruy Mauro Marini, [Ruy Mauro Marini, Ruy Mauro www.marini-escritos.unam.mx](http://www.marini-escritos.unam.mx)
- Marini, Ruy Mauro (2012). O ciclo do capital na economia dependente, *Padrão de reprodução do capital*, Boitempo, Sao Paulo.

- Marini, Ruy Mauro (2013). En torno a la dialéctica de la dependencia. Post-Scriptum, Revista *Argumentos* vol 26 n 72 México may-agosto, México.
- Marx, Carlos (1973). *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Milberg, William; Jiang Xiao; Gereffi, Gary (2014). Industrial policy in the era 5 of vertically specialized industrialization, <http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/>
- Salama, Pierre (2012a). Globalización comercial: desindustrialización prematura en América Latina e industrialización en Asia. *Comercio Exterior*, Vol. 62, Núm. 6, Noviembre -Diciembre.
- Salama, Pierre (2012b). Amérique Latine, Asie une globalisation commerciale accompagnée d'une redistribution des cartes, *Problèmes d'Amérique latine*, N° 85, Été.
- Salama, Pierre (2012c). Una globalización comercial acompañada de una nueva distribución cartográfica. *Revista de Economía Institucional*, vol. 14, n.º 27, segundo semestre.
- Salama, Pierre (2017a). Mutaciones, apogeo y nuevas dependencias en América latina, *Realidad Económica*, n 308, año 46, 30-6.
- Salama, Pierre (2017b). Menos globalización: ¿marginación u oportunidad para América Latina? *Nueva Sociedad* No 271, septiembre-octubre.
- Semo Enrique (1975). *La crisis actual del capitalismo*, Cultura Popular, México.
- Schteingart, Daniel (2016), Comparación problemática, *Página 12*, 3-10.
- Schorr, Martín; Cassini, Lorenzo; Zanotti García, Gustavo (2017). Los caminos al desarrollo. Trayectorias nacionales divergentes en tiempos de globalización. *Documento de Investigación*, n 29.
- Smith, John (2010). *Imperialism & the Globalisation of Production*. University of Sheffield, Sheffield.
- Tissier, P.L (1981). L'industrialisation dans huit pays asiatiques depuis la fin de la Seconde Guerre Mondiale. *Critiques de l'Economie Politique*, n 14, Paris, Janvier-mars.